



Universidad de Granada

**INTERVENCIÓN DEL SR. DECANO
DE LA FACULTAD DE CIENCIAS D. ANTONIO RÍOS GUADIX
EN EL ACTO ACADÉMICO DE "SAN ALBERTO MAGNO"
PATRÓN DE LA FACULTAD**

Granada, 14 de Noviembre de 2014

Querido Rector, queridas amigas y amigos

Como en ocasiones anteriores deseo iniciar esta intervención agradeciendo a nuestro Rector su presencia en este acto académico en el que celebramos el día del patrón de nuestra Facultad, que es también la suya. Y mi agradecimiento personal e institucional, sobre todo, a quienes con vuestra presencia dais sentido a este acto un año más, permitiendo que se constituya en una jornada de convivencia de todos los que nos sentimos orgullosos de formar este gran centro de la Universidad de Granada que es nuestra Facultad de Ciencias.

Deseo tener también un recuerdo especial para quienes no pueden estar hoy entre nosotros. A quienes nos dejaron durante el pasado curso, después de haber dedicado el trabajo de muchos años de su vida, a hacer grande esta Facultad. Su labor y su esfuerzo quedarán, ya para siempre en nuestra memoria.

También quiero transmitirle al profesor Gabriel Blanca mi agradecimiento por haber aceptado nuestra invitación para impartir la conferencia de este acto. Gracias Gabriel por esta interesante, curiosa y, sobre todo, amena charla, en la línea que ya todos sabemos caracteriza tu vertiente docente y que tan claramente ha sido siempre reconocida por tus alumnos.

Ya he manifestado en años anteriores mi intención de dedicar la intervención que realizo en este acto académico a plantear una reflexión colectiva sobre los problemas generales que afectan a nuestra Universidad, o a la propia Facultad, más que a una reivindicación puntual sobre nuestros problemas diarios. A la resolución de éstos dedicamos nuestra actividad cotidiana y, mal que bien, espero que lo estemos consiguiendo.



Universidad de Granada

Sin embargo, pocas veces puedo tener la ocasión, como la que me brinda este acto, de compartir con vosotros algunas reflexiones generales que nos afectan a todos y que normalmente están presentes en esas preocupaciones que diariamente intercambiamos en nuestras conversaciones. Y tengo la sensación que, un año más, esas preocupaciones siguen girando sobre los mismos temas, o parecidos.

Es cierto que, a nivel macroeconómico, la situación no es tan crítica como hace unos años. Es también cierto que ya no se habla tanto de los mercados, la prima de riesgo y la crisis financiera. Pero no es menos cierto que la Universidad, fundamentalmente la Universidad pública, sigue sometida a unas condiciones que le impiden desarrollar adecuadamente su función social y, sobre todo, sigue sin vislumbrarse un horizonte de futuro, con una definición clara de lo que se conoce como “Modelo de Universidad”.

¿Debe ser la Universidad una institución formadora de élites o debe ser su objetivo elevar el nivel de conocimiento y formación de una sociedad, permitiendo el acceso a la enseñanza superior de todo aquel que posea las condiciones necesarias?. ¿Debe dedicarse a la simple producción de mano de obra más o menos especializada, para surtir un mercado de trabajo que necesita profesionales de calidad, o tiene que actuar fundamentalmente como un lugar de creación de conocimiento, favoreciendo el avance social y la mejora en la calidad de vida de su entorno?. ¿Es su función servir de motor social, con la creación de iniciativas empresariales, o la transferencia de sus resultados debería estar en manos de otros sectores sociales?. ¿Es posible hacer todo ello simultáneamente?. ¿Debería funcionar como una entidad que determina sus objetivos a través de un proceso colectivo de reflexión y toma de decisiones, o a través de unas normas impuestas?. ¿Debe primar, en el funcionamiento de una Universidad, la rentabilidad financiera o hay que asumirla como un servicio social, con su correspondiente coste económico?.

Todas ellas son preguntas que en estos momentos no parecen tener una respuesta clara por parte de los responsables políticos, cuya obligación sería clarificarlas. Pero lo que me parece más peligroso es que, por parte de esos mismos responsables, se sigan realizando y manteniendo actuaciones que pueden impedir que, sea cual sea el modelo de Universidad que debamos afrontar en un futuro próximo, éste pueda llevarse a cabo, por tener que colgar el cartel de “cerrado por defunción”. Permitidme que comente alguna de ellas.



Universidad de Granada

En primer lugar tenemos la denominada eufemísticamente “tasa de reposición”. Es este un parámetro que, en fechas recientes y ante la negrura del horizonte, el ministerio parece que está dispuesto a elevar del 10% al 50%. Y todos tan contentos.... Hace ya tiempo que vengo defendiendo que la denominación adecuada de este parámetro, que entró en vigor cuando el Gobierno decidió recortar el gasto en empleo público, debe ser “Tasa de Extinción”. Efectivamente, como todo buen biólogo, sociólogo, demógrafo, o simplemente, persona con sentido común conoce, cuando en una población la tasa de nacimientos es inferior a la de defunciones, esa población está condenada a desaparecer. Será cuestión de más o menos tiempo, pero, al final, se extingue. Solo una tasa de reposición del 100% permite, al menos, mantener estable un colectivo.

Pues en esas estamos. En una Universidad donde el número de estudiantes sigue incrementándose cada año (aunque el incremento se haya ralentizado este último periodo, por razones que posiblemente no son exclusivamente demográficas), el profesorado universitario pierde anualmente un 90% de las plazas que quedan libres por jubilación. En los últimos años, en nuestra Universidad, más de doscientos docentes. Claro que todo puede solucionarse incrementando el número de horas de clase que un profesor tenga que impartir, o aumentando el número de alumnos por grupo. Medidas, todas ellas, que contradicen claramente el tan cacareado objetivo de “potenciar la eficiencia y la calidad” de nuestro sistema de enseñanza superior.

Otra medida que desde mi punto de vista representa un torpedo en la línea de flotación de las Universidades, a medio y largo plazo, es la destrucción de la carrera académica, reduciéndola, en el mejor de los casos, a una simple promoción entre niveles funcionariales. La disminución de las becas predoctorales de formación, el bloqueo de las plazas de ayudante y ayudante doctor, así como la escasez de becas o contratos posdoctorales, han hecho desistir a nuestros graduados y posgraduados de optar por una carrera universitaria e integrarse en un departamento, con ciertas perspectivas de futuro. Igualmente está llevando a los departamentos universitarios y a su profesorado, por unos mínimos principios de honestidad con nuestros egresados, a no comprometerse a recibir doctorandos y aconsejarles, por el contrario, que intenten buscar una salida profesional fuera del ámbito universitario y científico.

En esta situación, los departamentos universitarios carecen actualmente, en la mayor parte de ellos, de un recambio de personas con la formación necesaria para



Universidad de Granada

sustituir, con garantías de calidad docente, la importante renovación que inexorablemente tiene que producirse en los próximos años en el profesorado universitario. De hecho, algunas de las sustituciones que tienen en la actualidad que realizarse por razones urgentes, deben hacerse con personal procedente de otros ámbitos académicos o científicos que, presentando, sin duda, un notable curriculum investigador, carecen en muchos casos, de una experiencia docente adecuada. Todo ello, por no existir en los departamentos una base adecuada de personal en formación que haya podido participar, desde el inicio de su carrera, en la estructura docente e investigadora del correspondiente departamento.

Y ya que estamos, hablemos de la investigación. Y lo voy a hacer con palabras y datos de la Confederación de Sociedades Científicas de España que señala como los presupuestos en I+D han caído en nuestro país casi un 37% desde 2009, retrotrayendo la inversión en Ciencia y Tecnología a niveles de 2005. Y todo ello, con el agravante de partir nuestro país desde una posición, en referencia a nuestro entorno, que no podríamos considerar como para tirar cohetes. El 1,3% del PIB que España venía invirtiendo en I+D estaba muy alejada de la media de la UE (3,3%) y solo superaba a la de Italia y Grecia. Por comparar un poquito, baste señalar que la inversión en este mismo concepto de Eslovenia es de 2,8% y la de Estonia de 2,18%.

Si tenemos en cuenta que el número de personas implicadas en investigación (en EJC) era en 2010 de más de 62.000 en la enseñanza superior, frente a los cerca de 23.000 del resto de la Administración, queda claro como la Universidad es el principal sector que sustenta la investigación pública en España y, por ello, el más afectado por los recortes en I + D. Hace unos años, y de manera muy clara en un Centro como nuestra Facultad, la mayor parte de los grupos de investigación de los departamentos tenían en activo algún proyecto que, por otra parte, sustentaba la realización de un número razonable de Tesis Doctorales. Hoy no es raro encontrar muchos departamentos que no tienen ningún proyecto en vigor y donde la investigación puede continuar desarrollándose, mínimamente, solo gracias a las ayudas del Plan Propio de la Universidad o de subvenciones puntuales del sector privado. Y todo ello, cuando se sigue insistiendo en reprochar a nuestras Universidades que no estén en los primeros lugares de los Rankings internacionales, en la mayoría de los cuales la producción científica es uno de los parámetros de referencia.



Universidad de Granada

Si se estrangula la investigación en la Universidad, se estará hipotecando el futuro de la sociedad a la que aquella debe aportar uno de sus principales frutos, retrasando su avance y desarrollo. Se estará impidiendo que la institución universitaria cumpla con uno de sus objetivos básicos: la creación, desarrollo, transmisión y crítica de la ciencia, de la técnica y de la cultura. Y me gustaría recalcar que esta función aparece en el artículo 2 de la LOU, sobre las funciones de la Universidad, reseñada en primer lugar, por delante de “la preparación para el ejercicio de actividades profesionales”. Sin investigación, la Universidad se convierte en una escuela superior de formación laboral. Ya tuvimos un precedente con la Universidades Laborales, pero creo que para eso debe estar la Formación Profesional bien enfocada. La Universidad es, debe ser, otra cosa. Así ha sido desde su origen, diferenciándose claramente la institución universitaria de los gremios medievales.

Creo que las líneas de actuación comentadas son suficientes para poner de manifiesto hasta que punto podemos estar ante una situación que requiere urgentemente clarificar el horizonte. Se trata de apostar por una Universidad que actúe como motor del desarrollo de la sociedad que la sustenta, mediante la creación y transferencia de conocimiento, obviamente también mediante la formación de profesionales cualificados, y, por añadidura, mediante una auténtica labor educativa, en el amplio sentido de la palabra, a través de la extensión universitaria y de su imbricación en la propia vida social de su entorno. Una Universidad que haga compatibles los principios de formación, educación y progreso humano, en el sentido más alto de estos conceptos. Y se trata de exigir a los responsables políticos que tomen las decisiones y adopten las medidas necesarias para que ello sea posible.

En este punto, me gustaría hacer una reflexión que me ronda por la cabeza (o quizás por los recuerdos) desde hace tiempo. Quienes ya tenemos ciertos años a la espalda y vivimos nuestra formación universitaria en una época, sin duda, convulsa, experimentamos la sensación de que la institución universitaria actuaba socialmente como un motor de iniciativas. Se reclamaba y se ejercía, dentro de las posibilidades, un protagonismo en la definición de objetivos de la propia Universidad, en la concepción de su estructura y funcionamiento, en su función social, tanto en la formación como en la educación de las personas. Había una actitud activa, que reflejaba un alto nivel de compromiso de la comunidad universitaria con la situación y los problemas sociales.

Hoy día, tengo la sensación de que la Universidad está más “a verlas venir”. Hay momentos puntuales de rebeldía o de protesta, como respuesta a la imposición de



Universidad de Granada

ciertas medidas o a la toma de algunas decisiones, pero quizás falte algo más de iniciativa previa, de planteamientos propios, de anticipación en la definición de los objetivos y de cómo conseguirlos. Creo que la Universidad no debe permanecer simplemente pasiva, al dictado de lo que sobre ella determinen los poderes públicos, la administración, los poderes fácticos o los mercados. Es cierto que a lo largo de su historia estos mismos poderes o instancias han pretendido una Universidad a su servicio, al considerarla un excelente factor para instrumentalizar sus intereses. Pero también es cierto que la institución universitaria siempre se ha rebelado, siempre se ha resistido a ello. Y lo ha hecho porque, si algo recuerda en su memoria colectiva, es que surgió para dinamizar a la sociedad, para ser un motor del pensamiento y de las ideas, para avanzar en el desarrollo de las sociedades, a través de mejorar a las personas, y no para servir a los intereses de ningún sector en particular.

Creo que esta actitud activa de debate, de discusión, de toma de iniciativas, de planteamientos sobre el futuro, debería formar parte con más asiduidad de nuestra actividad universitaria cotidiana. Y quienes tienen alguna responsabilidad en la gestión o representación de la institución universitaria, deberían, deberíamos, estar en la primera fila de estas actuaciones. Los responsables universitarios, la CRUE, las Conferencias de Decanos, las Academias y Sociedades Científicas, las Asociaciones de Profesores y Estudiantes, etc. deberíamos mantener una actitud quizás menos pasiva. Deberíamos, tal vez, estar menos a la defensiva e implicarnos más en los planteamientos, en los análisis, en la propuesta de soluciones, en la denuncia, no solo puntual, sino, sobre todo, mantenida.

Es cierto que algo se está haciendo. Valga como botón de muestra la reciente reunión de la Sectorial sobre Investigación de la CRUE, celebrada esta misma semana en Granada, y la declaración hecha pública de sus conclusiones. Pero uno echa en falta una presencia más activa y frecuente de todos estos colectivos ante la opinión pública. Un punto más de presión en el acelerador, o de volumen en el sonido.

En este sentido me gustaría referirme a la campaña que en estos momentos se está desarrollando en un medio de comunicación (obviamente soportada por alguna entidad privada y, por tanto, no del todo altruista), denunciando la falta de inversión en investigación, la fuga de investigadores que se produce por no poder desarrollar su actividad en nuestro país y la absoluta necesidad que tiene la sociedad de mantener una investigación como garantía de desarrollo y avance social. Es bueno, sin duda, ver



Universidad de Granada

aparecer en la televisión a personajes famosos lanzando mensajes sobre la necesidad de invertir en investigación, en ciencia y sobre la importancia que todo esto tiene para la sociedad. Pero a mí me gustaría que este fuera un mensaje que quienes somos auténticamente protagonistas de esta situación, estuviéramos lanzando por nosotros mismos de forma constante. Que fuera la propia Universidad, sus representantes y su entorno, quienes estuviéramos realizando una campaña continua de denuncia de esta situación y de defensa de la institución en la que creemos.

Y deberíamos, quizás, aprender de esas campañas a las que me he referido, que lo importante, posiblemente, no es tanto reivindicar ante los responsables políticos las situaciones que ellos mismos originan (ya que si lo hacen es porque creen que las cosas deben ser así o están condicionados a que así sean). Lo importante es hablar a la Sociedad. Quien tiene que conocer, sobre todo, cual es la situación y que opina la Universidad sobre estos temas, es la propia Sociedad. Es esa Sociedad, que tan buen concepto sigue teniendo de la institución universitaria, quien debe defender la Universidad de los intentos de manipularla o de impedirle que desempeñe su papel social. Tiene que verla como algo suyo. Como algo tan cercano como la sanidad, la educación general o el futuro postlaboral.

Esta es, sin duda, una responsabilidad que tenemos que asumir quienes somos protagonistas y responsables de desempeñar esta maravillosa actividad que es la educación superior, la docencia, la investigación y el acercamiento de la ciencia y la cultura a los ciudadanos. Hay que implicar a la Sociedad en la defensa de la Universidad, como una Institución absolutamente necesaria para su desarrollo. Debe ser la propia sociedad la que exija de los poderes públicos que se dote a la Universidad de los instrumentos, las medidas y las condiciones necesarias para poder desempeñar adecuadamente su función social. Trasladar ese compromiso a la Sociedad debe ser uno de nuestros objetivos fundamentales. Al fin y al cabo, esa Sociedad, con la que debemos estar comprometidos, que paga nuestro trabajo y a la que tenemos que rendir cuentas, es la que manda. ¿O no?.